

## Una utopía razonada: contra el fatalismo económico

Quiero mostrar mi más cálido agradecimiento a la ciudad de Ludwigshafen, a su alcalde, el Sr. Wolfgang Schulte, y al Instituto Ernst Bloch por el honor que me han dispensado y que asocia mi nombre con el de uno de los filósofos alemanes que más admiro<sup>1</sup>. Mi agradecimiento también al Sr. Ulrich Beck por el generoso discurso que acaba de pronunciar. Un discurso que me hace pensar que, en un futuro no muy lejano, quizás podamos ver cumplida la utopía, que he defendido durante mucho tiempo, de una comunidad intelectual europea. Mi crítica particular a este elogio se debe a que es excesivamente generoso, especialmente en el modo en que atribuye únicamente a mi personalidad individual una cantidad de propiedades o cualidades que son también producto de condiciones sociales.

No puedo dejar de pensar al ser objeto de tal reconocimiento, al haber sido introducido en la órbita de un gran defensor del utopismo –hoy en día tan desacreditado, ignorado y ridiculizado en nombre

---

<sup>1</sup> Este texto reproduce el discurso de aceptación de Pierre Bourdieu del Ernst-Bloch Preis de la ciudad de Ludwigshafen, el 22 de noviembre de 1997.

del realismo económico—, que se me está autorizando, en realidad, se me está instando, a tratar de definir cuál es y cuál debería ser el papel del intelectual en relación a la utopía en general y a la utopía europea en particular.

Recordemos el hecho de que en la actualidad nos encontramos ante un período de reconstrucción neoconservadora. Pero esta revolución conservadora está tomando una forma sin precedentes: no existe el más mínimo intento, a diferencia de lo que ocurrió en otros períodos anteriores, de invocar un pasado idealizado mediante la exaltación de la tierra y la sangre, los temas arcaicos de las antiguas mitologías agrarias. Se trata de un nuevo tipo de revolución conservadora que reivindica la conexión con el progreso, la razón y la ciencia —en realidad, la economía—, con el fin de justificar su propio reestablecimiento y tratar de relegar por la misma razón al pensamiento y la intervención progresista a un estatus arcaico. Esta revolución convierte en normas generales, definitivas de todas las prácticas, y, por tanto, en reglas ideales, las regularidades del mundo económico abandonado a su propia lógica: la ley del mercado, la ley del más fuerte. Ratifica y glorifica el orden de lo que llamamos los mercados financieros, la vuelta a una especie de capitalismo radicalizado que no responde a ninguna ley, excepto a la del máximo beneficio; un capitalismo sin disfraz, ni restricción, un capitalismo que ha sido racionalizado, ajustado al límite de su eficacia económica gracias a la introducción de formas modernas de dominación («gestión») y de técnicas manipulativas tales como la investigación de mercado, el marketing y la publicidad comercial.

El aspecto engañoso de esta revolución conservadora reside en que, aparentemente, no retiene nada de la lóbrega y bucólica Selva Negra, tan amada por los revolucionarios conservadores de la década de 1930; se halla ataviada con todos los signos de la modernidad. ¿No viene al fin y al cabo de Chicago? Galileo dijo que el mundo natural está escrito con un lenguaje matemático. Ahora la gente está tratando de creerse que el mundo social está escrito con un lenguaje económico... A través de las armas de las matemáticas —y también del poder de los medios de comunicación— el neoliberalismo se ha convertido en la forma suprema del contraataque conservador, que lleva amenazando durante los últimos treinta años bajo el nombre de «el fin de la ideología» o, más recientemente, «el fin de la historia».

Lo que se nos presenta como un horizonte de pensamiento irrebalsable —el fin de las utopías críticas—, en realidad, no es otra cosa que un *fatalismo economicista* que puede ser criticado en los términos empleado por Ernst Bloch en *Geist der Utopie* cuando aborda el economicismo y el fatalismo que se encuentran en el marxismo: «El mismo hombre, Marx, que despojó a la producción de todas sus características fetichistas, que creyó que podía analizar y exorcizar todas las irracionalidades de la historia como meros oscurantismos debidos a la situación de clase o al proceso productivo, oscurantismos que no habían podido ser vistos ni entendidos y cuya influencia, por tanto, parecía inevitable; el mismo hombre que desterró de la histo-

ria todo sueño, toda utopía activa, todo “telos” que apelase a lo religioso, se comporta en relación a las “fuerzas productivas”, al cálculo del “proceso de producción”, del mismo modo sobredeterminante, hallando en ellas el mismo panteísmo, el mismo misticismo, y reclamando para ellas la misma fuerza determinante que reivindicara Hegel para la “idea” y Schopenhauer para su “voluntad alógica”<sup>2</sup>.

Esta fetichización de las fuerzas productivas que acabó en fatalismo se encuentra hoy, paradójicamente, en los profetas del neoliberalismo y en los sumos sacerdotes del Deutschmark y la estabilidad monetaria. El neoliberalismo es una poderosa teoría económica *cuya fuerza estrictamente simbólica, combinada con el efecto de la teoría, redobla la fuerza de las realidades económicas que supuestamente expresa*. Ratifica la filosofía espontánea de la gente que dirige las grandes multinacionales y de los grandes agentes financieros, especialmente, los gestores de los fondos de pensiones. Transmitida por todo el mundo por políticos nacionales e internacionales, funcionarios, y la mayor parte del universo de los periodistas importantes —todos ellos igualmente ignorantes de la teología matemática subyacente—, se está convirtiendo en una especie de creencia universal, un nuevo evangelio ecuménico. Este evangelio o, mejor dicho, la débil vulgata que se divulga por todos lados bajo el nombre de liberalismo, está entretejida por un conjunto de palabras mal definidas —«globalización», «flexibilidad», «desregulación», etcétera— que, gracias a sus connotaciones liberales e incluso libertarias, pueden contribuir a dar la apariencia de un mensaje de libertad y liberación a una ideología conservadora que se considera opuesta a cualquier ideología.

De hecho, esta filosofía no conoce ni reconoce ningún propósito que no sea la creación siempre en aumento de riqueza y, más secretamente, de su concentración en manos de una pequeña minoría privilegiada; y, por tanto, conduce a un combate, *por todos los medios necesarios*, incluida la destrucción del medio ambiente y el sacrificio humano, contra cualquier obstáculo que se oponga a la maximización del beneficio. Los defensores del *laissez-faire*, tales como Thatcher, Reagan y sus sucesores, están teniendo cuidado no en practicar el «laissez faire», sino, por el contrario, en dar carta blanca a la lógica de los mercados financieros librando una guerra total contra los sindicatos, contra las conquistas sociales de los últimos dos siglos, en una palabra, contra todas *las formas de civilización asociadas con el Estado social*.

La política neoliberal puede ahora ser juzgada por sus efectos, que resultan evidentes para todo el mundo, a pesar de los esfuerzos sistemáticos por demostrar, mediante prestidigitaciones estadísticas y trucos burdos, que los Estados Unidos y Gran Bretaña han alcanzado el pleno empleo. El desempleo es masivo; los empleos que existen se han convertido en precarios, la inseguridad permanente resultante está afectando a una proporción cada vez mayor de la

---

<sup>2</sup> Ernst Bloch, *L'esprit de l'utopie* [1923], París, 1977, vol. I, p. 290.

población, incluso entre las clases medias; existe una profunda desmoralización unida al colapso de las solidaridades elementales, especialmente en la familia, y a todas las consecuencias de esta situación de anomia: delincuencia juvenil, crimen, drogas, alcoholismo, reaparición en Francia y en otros lugares de movimientos políticos de corte fascista; y se está produciendo una destrucción gradual de las conquistas sociales, cualquier defensa de las mismas es denunciada como una expresión de conservadurismo trasnochado. A esto habrá que añadir, de ahora en adelante, la destrucción de los fundamentos económicos y sociales de los logros culturales más excepcionales de la humanidad. La autonomía que disfrutaban los universos de producción cultural en relación al mercado, que se había incrementado constantemente gracias a las luchas de los escritores, los artistas y los científicos, se encuentra ante una amenaza creciente. El dominio del «comercio» y «lo comercial» aumenta diariamente sobre la literatura, fundamentalmente a través de la concentración de la industria editorial que está sujeta de forma progresiva a las demandas del beneficio inmediato; aumenta sobre el cine: cabría preguntarse qué va a quedar en diez años del cine artístico experimental europeo, a no ser que se haga algo por dotar a los productores de vanguardia de los medios necesarios para la producción y, más importante si cabe, para la distribución. Todo esto, sin mencionar los servicios sociales, está abocado o bien a supeditarse directamente a las órdenes interesadas del Estado o de las burocracias mercantiles o al estrangulamiento económico.

¿Cuál es el papel de los intelectuales, se me preguntará, en todo esto? No voy siquiera a intentar hacer una lista con todas las formas de ausencia o, peor aún, de colaboración; llevaría demasiado tiempo y sería demasiado cruel. Sólo voy a mencionar los argumentos de los así llamados filósofos modernos y postmodernos que, cuando no se contentan con desaparecer o sepultarse en juegos escolásticos, se limitan a defender verbalmente la razón y el diálogo racional o, peor aún, a sugerir una versión supuestamente postmoderna aunque de hecho chic-radical de la ideología del fin de las ideologías, coronada por la condena de las grandes narrativas y una denuncia nihilista de la ciencia.

¿Cómo podemos evitar desmoralizarnos, ante este panorama ciertamente desalentador? ¿Cómo vamos a devolver la vida y la fuerza social al «utopismo reflexivo» al que se refiere Ernst Bloch cuando habla de Francis Bacon?<sup>3</sup> Para empezar, ¿qué significa esta expresión? Ernst Bloch, dotando de sentido riguroso a la oposición que Marx establece entre «sociologismo» (sumisión pura y simple a las leyes sociales) y «utopismo» (el desafío atrevido a estas leyes), describe el «utopismo reflexivo» como un utopismo que actúa «en virtud de *su pleno conocimiento anticipado y consciente de la tendencia objetiva*», la posibilidad objetiva y real de su «época»; un utopismo que, dicho de otro modo, «anticipa psicológicamente una realidad posible». El utopismo racional se define por estar tanto contra las «meras ilu-

---

<sup>3</sup> Bloch, *L'esprit de l'utopie*, vol. I, p. 176.

siones (que) invariablemente han cargado de descrédito a la utopía, como contra “las perogrulladas filisteas fundamentalmente preocupadas por los hechos”; se opone a «la herejía, derrotista en último término, de un *automatismo objetivista*, según el cual las contradicciones objetivas del mundo bastarían por sí mismas para revolucionar el mundo en el que se producen», así como al «*activismo por el puro activismo*», puro voluntarismo basado en un exceso de optimismo<sup>4</sup>.

Así pues, en contra del *fatalismo de los banqueros* que pretenden hacernos creer que el mundo no puede ser diferente a como es actualmente —en otras palabras, absolutamente sumiso a los intereses y deseos de los banqueros—, los intelectuales, y el resto de las personas que se preocupan realmente por el bien de la humanidad, deberían reestablecer un pensamiento utópico con el respaldo científico, tanto en sus objetivos, que deberían ser compatibles con las tendencias objetivas, como en sus propios medios que, además, han de ser científicamente validados. Necesitan trabajar *colectivamente* en análisis que sean capaces de lanzar proyectos y acciones realistas, estrechamente vinculadas a los procesos objetivos del orden que pretenden transformar.

El utopismo razonado, tal y como lo he definido aquí, es sin lugar a dudas lo que más se echa en falta en Europa hoy en día. El modo de resistirse a esta Europa —la que el pensamiento de los banqueros intenta hacernos aceptar sin discusión— no significa rechazar Europa en sí misma desde una posición nacionalista, tal y como hacen algunos, sino articular un rechazo progresista a la Europa neoliberal definida por los bancos y los banqueros. Evidentemente, a ellos les interesa hacer ver que cualquier rechazo a la Europa que favorecen equivale a rechazar Europa en cualquiera de sus formas. Pero rechazando una Europa definida y dominada solamente por los bancos, estaremos rechazando el pensamiento de los banqueros, un proceso que, bajo el abrigo neoliberal, acaba por hacer del dinero la medida de todas las cosas, incluso del valor de los hombres y de las mujeres en el mercado de trabajo, y lo mismo de una cosa que de otra, hasta abarcar todas las dimensiones de la existencia; un proceso que, al asentar el beneficio como único criterio para evaluar la educación, la cultura, el arte y la literatura, nos condena a la civilización plana y filisteas de la comida rápida, las novelas de aeropuerto y los seriales televisivos.

La resistencia contra la Europa de los banqueros y contra la restauración conservadora que augura sólo puede ser europea. Y sólo puede ser auténticamente europea, en el sentido de estar exenta de los intereses, presupuestos, prejuicios y hábitos de pensamiento que son nacionales y aun vagamente nacionalistas, si llega a ser un logro de todos los europeos: en otras palabras, una combinación acordada de los intelectuales de todos los países europeos, los sindicatos de todos los países europeos, de las asociaciones más diversas de todos los países

---

<sup>4</sup> *Ibid.*, pp. 180, 178.

Europeos. Ésta es la razón por la que la tarea más urgente en estos momentos no es la composición de programas comunes europeos, sino la creación de instituciones –parlamentos, federaciones internacionales, asociaciones europeas de esto y lo de más allá: camioneros, editores, maestros, etcétera, aunque también de defensores de los árboles, los peces, los champiñones, el aire puro, la infancia y todo lo demás– en cuyo seno se puedan discutir y elaborar los programas europeos comunes. Hay quien dirá que esto ya existe, pero en realidad tengo la certeza contraria; basta con dirigir la atención al estado actual de la federación europea de sindicatos; el único organismo internacional europeo que realmente se halla en construcción y que posee algún nivel de eficacia es el de los tecnócratas, en contra de los cuales no tengo nada que decir en absoluto, en realidad sería el primero en defenderlos de las dudas simplistas y normalmente estúpidas de carácter nacionalista o, peor aún, populista que se les adjudican.

Finalmente, para evitar tener que dar una respuesta general y abstracta a la pregunta que he empezado planteando –acerca del posible papel de los intelectuales en la construcción de la utopía europea– me gustaría expresar la contribución que espero hacer personalmente a esta inmensa y urgente tarea. Convencido de que los huecos más grandes en la construcción europea están situados en cuatro áreas fundamentales –el Estado social y sus funciones; la unificación de los sindicatos; la armonización y modernización de los sistemas educativos; la articulación entre la política económica y la social–, estoy trabajando actualmente, en colaboración con investigadores de distintos países europeos, en la concepción y elaboración de las estructuras organizativas esenciales para llevar a cabo la investigación comparativa y complementaria que se necesita para dotar al utopismo del carácter razonado que precisa en estas cuestiones, en especial, por ejemplo, iluminando los *obstáculos sociales* a los que se enfrenta la auténtica europeización de instituciones tales como el Estado, el sistema educativo y los sindicatos.

El cuarto proyecto, para mí muy querido, se refiere a la articulación entre la política económica y lo que llamamos la política social: más exactamente a los efectos y a los costes sociales de la política económica. Implica tratar de encontrar las causas que dan origen a las diferentes formas de *miseria social* que afligen a los hombres y mujeres de las sociedades europeas; y esto casi siempre nos devuelve a las decisiones económicas. Se trata de una oportunidad para el sociólogo, al que normalmente no se consulta, excepto cuando se trata de arreglar los platos rotos por los economistas, de recordarnos que la sociología podría o debería jugar un papel inicial en las decisiones políticas que cada vez con más frecuencia se dejan en manos de los economistas o son dictadas con criterios económicos del tipo más estrecho. A través de una descripción detallada del sufrimiento causado por las políticas neoliberales –en la línea de las descripciones incluidas en *La Misère du monde*<sup>5</sup>– y a través de referencias cru-

---

<sup>5</sup> Pierre Bourdieu, ed., *La Misère du monde*, París, 1993. [Existe edición en castellano: *La miseria del mundo*, Akal Ediciones, Madrid, 1999.]

zadas sistemáticamente, por un lado, con *índices económicos* relativos a la política social de las empresas (despidos, gestión, métodos, salarios, etcétera), así como con sus resultados económicos (beneficios, productividad, etcétera) y, por otro, con *índices de tipo más abiertamente social* (accidentes laborales, enfermedades ocupacionales, alcoholismo, consumo de drogas, suicidio, delincuencia, crimen, violación, etcétera), me gustaría sacar a la luz la cuestión de los *costes sociales de la violencia económica*; y, en este sentido, intentar sentar las bases de una *economía del bienestar* que pudiera tomar en consideración todas las variables que la gente que dirige la economía, y los economistas, dejan fuera de los cálculos más o menos elegantes en cuyo nombre pretenden goberarnos.

A modo de conclusión, por tanto, sólo me resta formular la cuestión que debería estar en el centro de cualquier utopía razonada referente a Europa; ¿cómo creamos una *Europa realmente europea*, libre de toda dependencia respecto a los *imperialismos* –empezando por el imperialismo que afecta a la producción y distribución cultural en particular, por la vía de las restricciones comerciales– y también liberada de todos los *residuos nacionales y nacionalistas* que continúan impidiendo que Europa acumule, aumente y distribuya todo aquello que es más universal en la tradición de cada una de las naciones que la componen?

Para terminar con una muestra absolutamente concreta de «utopismo razonado», permitidme que sugiera que esta cuestión, que para mí es crucial, sea incluida en el programa del Centro Ernst Bloch y de la organización internacional de los «utopistas reflexivos» cuya sede podría llegar a ser este mismo Centro.